

INTERMEDIO

Marruecos, posición «El Lavadero».
25 de agosto de 1909.

EL DÍA HABÍA AMANECIDO CON UNA EXTRAÑA LUMINOSIDAD. El calor y el polvo en suspensión se unían a una singular y molesta sensación de sequedad, y eso que aún era temprano, porque dado como iban las cosas, y en medio del secarral en el que se encontraban, lo más seguro era que a mediodía, con el sol en todo lo alto, aquello fuese una caldera en la que se cocieran miles de hombres a fuego lento. Nada daba la impresión de que hubiese una oportunidad de salir de allí, de abandonar aquella especie de islote en medio del océano. Pura y simplemente, no podían. O mejor, no les dejaban.

La situación era muy comprometida y el resultado en extremo dudoso. Desde julio, desde la tragedia ocurrida en el Barranco del Lobo, los combates en los alrededores de Melilla se habían vuelto realmente duros, pues no se podía negar que los kabileños eran hombres audaces y valerosos, dispuestos a morir y capaces de matar con sorprendente habilidad. A pesar de que se realizara desde las defensas un fuego bien dirigido, las cosas no mejoraban para los miles de soldados españoles, casi todos reclutas inexpertos, que ese día de verano se veían impotentes para responder a los constantes ataques que sufrían sus improvisadas líneas. Sus nervios parecían ya gastados a causa del terrible calor que soportaban día tras día, de la monotonía, de las penalidades y del encierro en aquel horno de barro.

Francisco Sánchez-Ocaña, corresponsal del diario *ABC*, estaba con un grupo de oficiales. Notaba en sus gestos contrariados y muecas de desaprobación que la situación no solo distaba mucho de ser ideal, sino que parecía realmente preocupante. Algunos rastreaban las colinas situadas frente a la posición con sus prismáticos y el corresponsal les escucho decir que el enemigo, cuyos disparos provocaban un sonoro eco que reverberaba en todo el valle, realizaba sus disparos desde más de un kilómetro de distancia; incluso era posible que, en su mayoría, lo hicieran a casi un kilómetro y medio.

Los tiradores rifeños, decenas de ellos, mantenían un fuego constante tras ligeros parapetos de arena o amparándose en las piedras, y aunque las bajas que producían eran pocas, la sensación de inseguridad y el miedo se notaba en los rostros de los soldados del Batallón de Cazadores de Llerena n.º 11, buena parte de ellos unos críos, flacos, morenos, sudorosos y muertos de miedo, que se agazapaban en las trincheras y se pegaban al suelo como si su contacto

les diese protección ante las balas del enemigo. Algunos suboficiales se movían entre ellos, erguidos, desafiando con pundonor los proyectiles silbantes, como si intentasen transmitirles algo de valor, pero la verdad es que no lograban su propósito. La sensación que percibía el corresponsal era deprimente. Las cosas no iban bien.

Sánchez Ocaña no era periodista de origen. Se había licenciado en derecho, pero había fundado el periódico *El Correo en Valencia*, del que había sido director, pues tenía una notable afición por el periodismo. En él era claramente una auténtica vocación, aunque no lo hubieses descubierto hasta después de salir de la universidad, y eso le había hecho llegar a la redacción de *ABC*, de la mano de don Torcuato Luca de Tena, tan solo dos años antes. Hacia unas semanas había recibido el encargo de cubrir la campaña de Melilla, para así poder reforzar a Jaime Tur, el corresponsal fijo en la plaza. Desde su desembarco en el teatro de operaciones tras los combates iniciales, tantó él como los fotógrafos que le acompañaban, Ramón Alba y Francisco Goñi, estaban siendo testigos del terrible embrollo en el que se había metido el ejército español.

Tal y como lo veía el periodista, si se dedicaba a analizar las cosas con frialdad, la situación parecía desafiar toda lógica. Todos los soldados temerosos que ni siquiera respondían al fuego rifeño estaban armados con un arma soberbia, tal vez la mejor del mundo en su clase, el fusil Mauser español modelo 1893, fabricado en la maestranza de Oviedo, que con un cañón de 74 cm. disparaba proyectiles de alta velocidad de 7 mm. de diámetro, con vainas de 57 mm. y un peso de 11 gramos. Un cartucho excelente desde cualquier punto de vista, rasante, suave y equilibrado, con potencia suficiente y una gran precisión, al servicio de un arma casi perfecta. Una herramienta excelente para un soldado, la envidia de cualquier cazador y, sin lugar a dudas, muy superior a las armas de los guerreros del Rif, en su mayor parte fusiles Remington modelo 1871. Los mismos que hasta unos pocos años antes habían sido el arma reglamentaria del ejército español, un fusil monotiro, pero que en sus manos no era nada desdeñable. No obstante, había corrido el rumor de que disponían de varios modelos de armas repetidoras, incluidos también rifles Mauser similares a los españoles, de origen turco e incluso argentino, que mezclaban con otros de las procedencias más dispares; desde Lebel y Chassepot franceses a Enfield británicos. Sin ninguna duda, Bu Hamara El Rogui, contribuía día tras día a que los traficantes de armas hicieran un buen negocio en la región.

El Remington disparaba pesados proyectiles de calibre 11 mm. que provocaban unas heridas terribles, sobre todo, como pudo comprobar el propio Sánchez Ocaña, cuando los rifeños utilizaban munición explosiva comprada en Europa o de factura artesanal. Había sido el arma estándar empleada en la

última guerra carlista y se había usado en las campañas de Cuba y Filipinas con notable eficacia, pero la aparición de los primeros fusiles de repetición hizo que España, al igual que el resto de los ejércitos del mundo, comenzase a considerar la necesidad de equiparse con las nuevas armas y relegase los viejos fusiles monotiro a unidades de segunda línea o las fuerzas coloniales, que se enfrentaban con indígenas pobremente armados.

Para las tribus del Rif la superabundancia de armas procedentes de los ejércitos europeos, embarcados todos ellos a lo largo de la última década del siglo XIX en la adopción de armas repetidoras, supuso la posibilidad de modernizar sus viejos arsenales y dotar a sus feroces guerreros de un material mucho más moderno del que habitualmente tenían, eso permitió que, poco a poco, sus viejas espigadas fueran arrumbadas y sustituidas por los excedentes de los ejércitos occidentales, lo que mejoró de manera espectacular su capacidad de combate.

Además, el fusil era para los rifeños una joya. Su bien máspreciado. El mismo Sánchez-Ocaña lo había descrito ya en su periódico, al decir de los guerreros de las kábilas: «son hombres de guerra, viviendo para la guerra, el fusil es toda su vida; cuidan su arma más que el propio cuerpo, y prefieren ver una úlcera en sus carnes a una picadura en el cañón de su fusil. El fusil es su herramienta, su miembro complementario».

No le faltaba razón. Su arma y su manejo eficaz era tan importantes que se habían formado «cofradías de tiro», como la de los Ulad Sidi Ahmedu-Musa o la de Sidi-Ali-ben Nacer, en la que los maestros del disparo y el tiro, los *moqadden er remat*, formaban a verdaderos especialistas capaces de alcanzar blancos a gran distancia con aterradora precisión. Las constantes querellas entre las kábilas, forjaban combatientes hábiles, que unían a su voluntad de lucha y su natural agresividad, el conocimiento que daba la enseñanza y la práctica. Unos enemigos temibles.

Durante un momento Sánchez-Ocaña observó a los oficiales que estaban a su lado tocados con salacots británicos color arena y uniformados de amplio rayadillo y sintió un raro estremecimiento. Aunque sabía que los tiradores enemigos se encontraban a gran distancia se percató de que él, vestido con traje oscuro y sombrero civil, presentaba un blanco perfecto. Casi un mes antes, el 30 de julio, había sido testigo de cómo un tirador moro especialmente hábil, que disparaba apostado entre las peñas y las breñas de las colinas desde al menos 800 metros, había causado en dos días ocho bajas a las tropas españolas antes de ser abatido. La verdad, algo así asustaba.

Con el transcurrir del día la situación no mejoraba y los labradores, artesanos, tenderos y empleados, vestidos con trajes de soldado, apenas respondían al fuego. Los mandos sabían que su preparación era mínima, y que contestar masivamente con descargas cerradas a los disparos enemigos no serviría más

que para desperdiciar munición, pues las posibilidades de alcanzar así a alguno de los tiradores rifeños eran prácticamente nulas. No había más remedio que esperar, y actuar conforme a las reglas. Batir con artillería las posiciones enemigas, avanzar hacia ellas, y desalojar de sus emplazamientos a los rifeños a punta de bayoneta. Un trabajo lento, sufrido y duro. Un infierno que provocaría decenas de bajas propias, pero la única solución. O eso, o alguna hazaña heroica de las que cambian las cosas.

Entre los oficiales de primera línea que formaban parte de los Cazadores de Llerena se encontraba el capitán Rafael de Valenzuela y Urzaiz, que en cumplimiento de la Real Orden de movilización de 28 de julio había llegado a África proveniente de Algeciras, donde estaba destinado como ayudante de campo del general Julio Domingo Bazán, el día 31, tres días después de la carnicería ocurrida en el Barranco del Lobo. Allí habían caído el teniente coronel, cuatro capitanes, cinco tenientes y medio centenar de soldados del batallón, y ahora veía como los compañeros de aquellos valientes, sus hombres, no se atrevían siquiera a levantar la cabeza. Era una situación vergonzosa. Había que hacer algo.

Al tiempo que avanzaba hasta la primera línea, el capitán Valenzuela solicitó un fúsil a uno de los soldados, que se lo entregó extrañado. Sopesó el arma, miró hacia las colinas y ajustó con delidecaz el alza y la deriva, efectuando ligeras correcciones. Nadie en los parapetos y trincheras entendía bien lo que sucedía, pero todos miraban absortos el desarrollo de los acontecimientos. De repente, contemplaron como se colocaba en posición, se giraba ligeramente hacia la izquierda de forma que sus hombros quedaran enfrentados y apuntaba con calma mientras apoyaba cómodamente la cabeza en la carrillera y ajustaba su respiración. Luego sonó un disparo, seco y duro y, en la lejanía, se divisó como un moro situado a una distancia increíble caía abatido y rodaba por la pendiente, envuelto en polvo. Al retroceder el cerrojo salió despedida la vaina del cartucho disparado. Rebotó sobre una piedra con un ruido hueco que pareció ser el único sonido en el mundo, como si se hubiese detenido el tiempo.

Tras unos segundos de estupor, que parecieron durar un siglo, un grito masivo recorrió las líneas españolas. Los fusiles levantados al aire cubrieron las trincheras y los vítores de los soldados se escucharon a centenares de metros. Asombrados por lo que acababan de contemplar, los oficiales que disponían de prismáticos y los observadores de artillería con sus telémetros certificaron la distancia del blanco: ¡Kilómetro y medio! El capitán Valenzuela había abatido a un guerrero rifeño, con una sola bala, a 1500 metros.

En los días siguientes la prensa de toda España se hizo eco del increíble disparo, y el capitán Valenzuela se convirtió en un héroe nacional. Los rumores y las exageraciones sobre su hazaña no tardaron en recorrer el país entero. Más

modestamente, declaró al *Heraldo de Aragón*: «todo esto no demuestra mi valor porque yo estaba a kilómetro y medio de los moros; lo único que prueba es que no tengo mala puntería¹».



El corresponsal de ABC, Sánchez Ocaña, en el frente, 1909

¹ Nombrado Director Jefe de Instrucción de las Academias Regimentales en 1915, siguió mostrando su interés por el tiro práctico en las unidades de infantería. En 1918, destinado en el regimiento Galicia n.º 19, destacó por el alto rendimiento en la instrucción de tiro de su unidad. Valenzuela pasaría a la Historia Militar de España tras incorporarse a la Legión. El ya teniente coronel cayó heroicamente en combate al frente de sus hombres en la toma de peña Tahuarda, Larache, el 5 de junio de 1923. Por su acción obtuvo la Medalla Militar individual a título póstumo. Hoy, la VII Bandera, perteneciente al III Tercio de la Legión, lleva su nombre.